

# NECROLÓGICA

ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE, XCVI, 381

ENERO-MARZO 2023, pp. 127-128

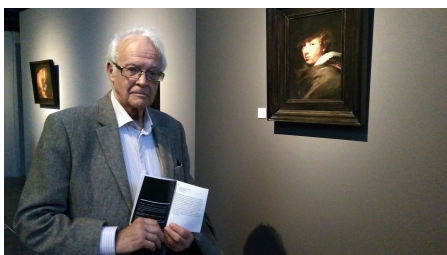
ISSN: 0004-0428, eISSN: 1988-8511

<https://doi.org/10.3989/aearte.2023.17>

Necrológica / Obituary: *L. Matías Díaz Padrón* (Valverde, El Hierro, 1935-Madrid, 2022)

Ana Diéguez Rodríguez<sup>1</sup>

Instituto Moll/Universidad de Burgos



*Matías Díaz Padrón.*  
(Foto: Ana Diéguez)

El 22 de noviembre de 2022 nos dejaba uno de los historiadores del arte más prolíficos de los últimos años, y uno de los que han sabido combinar mejor la investigación documental y bibliográfica con el estudio directo de la obra. Se formó como historiador en las Universidades de la Laguna y Complutense de Madrid, donde se especializa dentro del Departamento de Filosofía y Letras, guiado por Diego Angulo Íñiguez —don Diego, como se refería a esta figura fundamental en su trayectoria académica— hacia el estudio de los pintores flamencos y su pintura en España. Pronto comenzó a combinar la labor investigadora con la docencia, primero en la Universidad Complutense (1967-1976) y

luego en la Universidad Autónoma de Madrid (1989-1995). Transcendental fue su trabajo como profesor en el Instituto Central de Restauración —actual IPCE— desde 1970, colaborando con Gratiniano Nieto en la organización práctica del centro. La gran parte de los restauradores españoles de esa generación se formaron con sus lecciones en historia del arte y sus conocimientos sobre conservación. Esta dimensión docente la combinó siempre con una vocación personal por la investigación en la pintura y los pintores de Edad Moderna. Colaborador científico del CSIC dentro del Instituto Diego Velázquez desde 1980, siempre se sintió muy unido a este centro. En él coincidía con los que fueron compañeros de aulas: Isabel Mateo Gómez y Alfonso G. Rodríguez de Ceballos, además de con otros colegas y su admirado don Diego. Gran parte de su producción científica se recoge en *Archivo Español de Arte*, y le gustaba participar en las *Jornadas de Arte* que el Instituto, luego Departamento de Historia del Arte, organizaba cada dos años. No obstante, fue a partir de 1980, en que accede al Cuerpo Superior de Conservadores de Museo del Estado como conservador jefe de pintura flamenca y holandesa del Museo del Prado, el momento en que su trayectoria como historiador quedará vinculada estrechamente con esta institución. Cuando llega al Museo del Prado, ya era un viejo conocido. En 1967 había reencontrado en sus fondos la *Inmaculada Concepción* que Rubens había realizado en 1628 para el marqués de Leganés. Este hecho propició que, en 1970, el patronato del museo le otorgara una beca para estudiar las obras de los almacenes, prácticamente sin tocar desde su fundación. En 1975 saca el primer catálogo razonado del museo: *Escuela flamenca. Siglo XVII*, y en 1977 es el comisario elegido por el Ministerio de Cultura para encargarse de la exposición homenaje que se dedica a Peter Paul Rubens con ocasión de los cuatrocientos años de su nacimiento. Matías, a lo largo de su carrera, ha rescatado del anonimato cientos de pinturas de autores flamencos que estaban en los fondos de museos, colecciones privadas, conventos e iglesias. Pero no se quedó solo en esta escuela de los siglos XV al XVII, su profundo conocimiento trasciende épocas y geografías, y en su producción académica también figuran importantes aportaciones a la pintura que se realizaba en España durante la Edad Moderna. Los complejos catálogos de la pintura castellana y valenciana del siglo XVI se han visto aumentados con sus aportaciones, así como los de pintura española del siglo XVII. Ribera, Velázquez o Murillo fueron también objeto de estudio para él.

<sup>1</sup> [adieguez@institutomoll.es](mailto:adieguez@institutomoll.es) / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-0510-8670>

Comisario de múltiples exposiciones a lo largo de su vida, tanto en España como en el extranjero, recibió premios y distinciones por su ardua labor investigadora. En especial, el premio “Europa Nostra” que obtuvo en 2014 en la modalidad de investigación por su monografía *Van Dyck en España* (Madrid, 2012). Esta investigación fue realizada bajo el amparo del Instituto Moll. Centro de investigación en pintura flamenca, del que fue director, y de Editorial Prensa Ibérica, con quien ya había colaborado en su segundo catálogo razonado sobre la pintura flamenca del siglo XVII en el Museo del Prado (*El siglo de Rubens en el Museo del Prado*, Madrid, 1995).

Sin embargo, Matías fue mucho más que un estudioso, un investigador, un erudito o un conocedor. Alto para la media, enjuto y de semblante serio, su personalidad amable no traslucía al primer momento, pero se advertía natural para aquellos que tuvimos la fortuna de tratarlo de forma más cercana y continuada.

Tuve la suerte de conocerle a partir del año 2001, tras haber obtenido una beca de formación en el Museo del Prado dentro del departamento que él dirigía. Mi trato con él es el de sus últimos veinte años, un hombre maduro en conocimiento, no solo del arte sino también de la condición humana. Matías, para quien no lo tratara previamente, podía dar una sensación de caos, en especial al abrir la puerta de su despacho en la quinta planta del edificio de Casado del Alisal del Prado y observar cómo los papeles y libros desbordaban mesas, estanterías o rincones, mantenidos en un inestable equilibrio a punto de venirse abajo. Sin embargo, había un gran orden en ese aparente desorden. La forma en que explicaba la pintura delante de la obra, destacando aquello que la diferenciaba frente al resto, traslucía una mente estructurada para saber ver, aunque no para recordar dónde había dejado el bolígrafo hace cinco minutos, el coche con el que había llegado al trabajo esa mañana, o que le esperaban desde hacía media hora en una reunión a la que tenía que acudir y había confirmado su presencia pero que olvidó al enfrascarse entre sus papeles y meterse de lleno en el estudio de la pintura.

Me acogió con entusiasmo, y trabajé con él en la guía de sala de la pintura flamenca expuesta en ese momento en el museo. El suave tono con el que se comunicaba, completamente inusual para los españoles, era la pesadilla de los técnicos de sonido en sus conferencias y, me consta que también, de aquellos alumnos de las últimas filas en sus clases universitarias. Es cierto que, una vez que te acostumbrabas a su tono, le seguías fácilmente en la conversación. Otra cosa fue su acento canario del que no prescindió nunca y que, en alguna ocasión, me jugó alguna mala pasada, pues Matías dictaba a “viva voz” —más bien *sotto voce* en su caso— sus textos que escribía de su puño y letra —menuda y enlazada—. Estuve bastante tiempo confundiendo sus “ses” y zetas por ese, y no era la primera vez que la “Caza de animales muerta” terminaba siendo una “Casa de animales muerta”, con bastante perplejidad por mi parte ante el título de la pintura.

Matías tenía el halo de los grandes maestros de principios de siglo. Ese profundo conocimiento y esa capacidad de enseñar sin que te dieras cuenta, pues lo hacía mientras le ayudabas a explicar en un artículo por qué esa pintura era de Gerard Seghers y no de Rubens, o cómo el estilo de Anton van Dyck se veía en la *Piedad* de El Escorial, ahora en el Museo del Prado. Sus conversaciones eran verdaderas prácticas, y no escatimaba su tiempo para bajar a las salas del museo y explicar a un pintor delante de su obra.

Tenía la humildad de los grandes, a pesar de saber, y saber mucho, no era engreído y siempre trataba por igual al alumno que llegaba con una duda como al colega o al particular que le preguntaba sobre alguna pintura. Matías disfrutaba de los amigos, de la conversación, de la música y del buen cine. Matías era un maestro, pero no por lo que sabía de pintura, sino de la vida. Dejó una importante producción y se preocupó por dejar un legado. Muchas semillas que ya están dando su fruto.